

EL EVANGELISTA DEPENDE DEL ESPÍRITU SANTO

Amsterdam 2000

Paul Finkenbinder

(Hermano Pablo)

¿Quién habilita al siervo de Dios para ser un evangelista? ¿Con qué autoridad se presenta ante el mundo como emisario de Dios? Como respuesta, propongo el tema de este mensaje: "El evangelista depende del Espíritu Santo." Es por la autoridad y el mandato soberanos del Espíritu Santo que nosotros representamos a Cristo ante el mundo.

Nuestra dependencia del Espíritu Santo influye en cada aspecto de nuestra vida y de nuestro ministerio. Desde el momento que recibimos nuestra comisión, nosotros, como evangelistas, debemos apoyarnos en el Espíritu Santo en nuestra vida privada, nuestra vida devocional, nuestra vida pública, nuestra prédica pública y en nuestra búsqueda espiritual, y no en nuestra propia fuerza o inteligencia.

Aquellos que recién ahora comienzan a obedecer el llamado de Dios al evangelismo de tiempo completo, al igual que nosotros, quienes hemos consagrado todas nuestras vidas al servicio de Dios, podemos estar seguros de que nuestra posición, como ministros del evangelio de Cristo, es indiscutible. Que el Espíritu de Dios, a través de estas palabras, disipe toda ansiedad que puedan tener ustedes respecto de sus ministerios, y les dé la seguridad de la aprobación divina. "... y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo. 28:20).

1. El evangelista depende del Espíritu Santo en su comisión

No puede haber mayor seguridad en cuanto a la posición del evangelista en el reino de Dios que el hecho que él ha sido llamado específicamente por Dios. La realidad de ese llamado nos llega desde el tiempo de los apóstoles. Cito Hechos 13:2: *"Ministrando estos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: 'Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.'"*

Nosotros, colegas míos, hemos sido "**apartados**" por Dios mismo antes que nacióramos. Desde el comienzo mismo de nuestras vidas, Dios nos ha designado para ser sus embajadores al mundo. Nada establece mejor el carácter sagrado del llamado divino y de la responsabilidad que involucra este llamado que el hecho de que Dios, en su conocimiento previo, nos escogió para ser ministros del evangelio de Jesucristo, aun antes que fuéramos concebidos.

Hay muchos ejemplos escriturales de personas que fueron escogidas por Dios desde su nacimiento para servirlo. Permítanme citar sólo unos pocos de estos ejemplos.

Sansón: Un ángel de Jehová apareció a la madre de Sansón y le dijo: *"el niño será nazareo para Dios desde su nacimiento, y comenzará a salvar a Israel de la mano de los filisteos."* (Jueces 13:3-5)

David: *"Pero tú eres el que me sacó del vientre, el que me hizo estar confiado desde que estaba en el regazo de mi madre. A ti fui encomendado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios."* (Salmos 22:9, 10)

Jeremías: *“Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: ‘Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones.’”* (Jeremías 1:4, 5)

Juan el Bautista: Un ángel del Señor apareció a Zacarías y dijo: *“... tu mujer Elisabet dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan... y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios.”* (Lucas 1:13-16)

El apóstol Pablo: *“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre.”* (Gálatas 1:15, 16)

Es así como hemos llegado a ser evangelistas. No fue por elección propia, aun cuando hayamos dado nuestro asentimiento. Fue el resultado de la voluntad soberana de Dios. Él nos escogió, y él nos llamó. Nuestra posición en este mundo, como emisarios de nuestro Señor Jesucristo, contando la historia de Jesús, es resultado de la voluntad divina de Dios. Nosotros somos evangelistas porque Dios, antes que naciéramos, nos designó para ser evangelistas. En esto reside la autoridad de nuestra comisión.

2. El evangelista depende del Espíritu Santo en su vida privada

Corría el año 1960. En ese año, la televisión llegó a San Salvador. La televisión, en ese momento, estaba en sus inicios; era sólo en blanco y negro, y no había grabadoras de vídeo, así que cada programa debía ser en vivo. Sin embargo, yo veía que tenía un potencial para alcanzar especialmente a las clases más pudientes. Impulsado por ese llamado, comencé un programa actuado de media hora en la televisión los domingos por la noche.

En la primavera de ese año, vino un evangelista a El Salvador, y se me pidió que hiciera de intérprete. Su mensaje era de salvación y de sanidad divina. Ellin, de seis años, la menor de nuestros cinco hijos, tenía el ojo derecho muy desviado. Había usado anteojos correctores durante tres años, sin éxito. El paso siguiente era la cirugía.

Una noche, me dijo: “Papá, quiero ir a la reunión. Sé que seré sanada si el evangelista ora por mí.” La llevamos, y en un momento dado el evangelista pidió que los que estuvieran enfermos pusieran sus manos, si fuera posible, sobre la parte del cuerpo que estaba enferma. Ella colocó sus manitas sobre sus ojos. El evangelista oró. Después de la oración, ella dijo: “Mamá, qué lástima que no trajimos el estuche para los anteojos. Ya no los necesitaré más.”

Ellin fue sanada instantáneamente del dolor que sufría cuando no usaba anteojos, y en el transcurso de un mes su ojo, que sin los anteojos había estado casi totalmente detrás de su nariz, estaba completamente derecho. Fue un hermoso testimonio de la gracia y el poder de Dios.

Tengo razones para mencionar esta sanidad.

La noche del domingo siguiente, en vez de hacer el programa de televisión primero, como había planeado, fui al hotel para buscar al evangelista. Al entrar a la recepción del hotel, miré a mi izquierda y lo vi sentado con su brazo alrededor de una muchacha, con un vaso de bebida en su mano. Quedé paralizado. Sabía que él no

me había visto, así que giré sobre mis pasos rápidamente, salí del hotel y fui al estudio de televisión. Dios, de alguna forma, me ayudó a hacer ese programa. Luego volví al hotel. Él estaba en la escalinata de entrada esperándome con una Biblia en la mano.

Lo llevé a la cruzada. Él predicó y oró por los enfermos. Yo hice mi parte a desgano, interpretando su mensaje. Aunque cueste creerlo, hubo personas salvadas y sanadas.

Camino de vuelta al hotel, con mi esposa en el auto, confronté al evangelista con lo que había visto. Lo negó enfáticamente. Cuando le dije que tendría que informar a los líderes de la cruzada acerca de su comportamiento, se quebrantó y comenzó a llorar. Pasamos un par de horas en el auto mientras él, clamando a Dios por su perdón, y pidiéndonos que lo perdonáramos nosotros también, parecía haberse arrepentido sinceramente.

Ante su arrepentimiento, y como no quería perturbar la cruzada que terminaba en pocos días, no dije nada a nadie. Sin embargo, poco tiempo después este hombre se divorció de su esposa, se entregó a la bebida y abandonó por completo su lealtad a Dios.

Varias preguntas vinieron a mi mente. ¿Cómo podía predicar un hombre que tenía pecado en su vida? ¿Y cómo podía su mensaje traer salvación y sanidad divina a la gente?

En cuanto a esta última pregunta, sólo puedo contestar que Dios, sin duda, honra su Palabra. Él honró la fe de una niña llamada Ellin. En cuanto a la primera pregunta - ¿cómo podía predicar ese hombre con pecado en su corazón? - no lo puedo entender, aparte de decir que es posible que predicador use sus capacidades naturales para hablar en público aun después de haber sido despojado de la unción de Dios en su vida.

Me pregunto si alguno de nosotros se habrá engañado pensando que, dado que podemos predicar un buen sermón, y que la gente responde a nuestro llamado, esto es lo único que necesitamos para probarle al mundo que estamos bien con Dios.

Hace varios años, después de ministrar en una iglesia, una señora me dijo: "Sr. Finkenbinder, usted tiene que ser un hombre muy santo." Le pregunte por qué pensaba eso. Me dijo: "Por la convicción que tiene cuando predica." A lo cual le contesté: "Podré ser o no un hombre santo, pero la forma en que predico no tiene nada que ver con eso. Usted está confundiendo los dones con los frutos. La única forma en que usted puede saber si soy una persona santa es viviendo bajo mi techo durante un tiempo largo."

El Señor nunca dijo: "Por sus dones los conoceréis." Él dijo: "*Por sus frutos los conoceréis*" (Mateo 7:16).

Dios espera que tengamos toda una vida de ministerio fructífero e ininterrumpido, pero el éxito verdadero y permanente sólo se produce cuando dependemos exclusivamente del Espíritu Santo y de su unción sobre nuestra vida. Sólo viviendo completamente ungidos por el Espíritu Santo, inmersos, bautizados, llenos del Espíritu Santo de Dios, puede nuestro ministerio producir frutos continuamente, sin importar cuántos años vivamos y ministremos. La advertencia del apóstol Pablo es muy clara:

“Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz, por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.” (Romanos 8:5-8)

Sí, el evangelista tiene dones. Y estos pueden operar con o sin la unción del Espíritu Santo de Dios. Pero sólo cuando el evangelista depende completamente del Espíritu Santo y no de sus dones, podrá disfrutar durante toda su vida de un ministerio fructífero y duradero.

3. El evangelista depende del Espíritu Santo en su vida devocional

Era el año 1962. Acaba de terminar mi mensaje en una iglesia en la ciudad de San Salvador, y la gente había respondido. Al sentarme, tuve un pensamiento que me aterrorizó. Escuché que mi mente me decía: “Pablo, tú no crees lo que acabas de predicar.”

Volví a casa esa noche y casi no pude dormir. Me encontré dudando de los milagros de la Biblia. ¿Cómo podía haberse dividido el Mar Rojo solo? ¿Cómo pudo volver Lázaro a la vida, si había estado muerto durante cuatro días? Estas, y otras preguntas, estaban dando vueltas y vueltas en mi cabeza.

Después de unas seis semanas de esta confusión espantosa, que me traía no sólo desconcierto sino mucho temor, recibí una carta de Carolyn Lindblad, una compañera de la escuela bíblica que no había visto por años. En esencia, su carta decía lo siguiente.

Ella había soñado que me veía vestido como un mendigo en ropa harapienta, totalmente destruido y pidiendo limosna. El sueño la había impresionado de tal forma que sintió que tenía que decirme que Dios no me había abandonado, que yo estaba en su corazón y en sus planes. Ella quería que yo entendiera que, no importa cuál fuera mi situación, Dios no me había abandonado.

En este mismo período, recordé haber visitado una aldea indígena en un país centroamericano donde la mayoría de los habitantes no sabía leer ni escribir. Y los vi subiendo un cerro en esta aldea montañosa; vi que se aproximaban a una roca donde habían tallado una cara, con ojos, nariz y boca; vi cómo colocaban flores, frutas y velas frente a esta roca mientras se arrodillaban ante ella. Aunque sabían muy poco acerca de la civilización del mundo exterior, sabían adorar. Era, por cierto, una forma muy elemental de adoración, pero adoración al fin.

Al ver esto nuevamente en el ojo de mi mente, me di cuenta que desde el momento en que somos arrojados a este mundo tenemos una conciencia innata de Dios. No hace falta enseñarle a un niño a tener fe. Sin embargo, a medida que “maduramos,” que somos “iluminados” o “educados,” de alguna forma nuestra “educación superior” nos puede hacer perder aquello que es una parte natural de todo ser humano: la fe en Dios.

¿Qué me había sucedido? Había estado estudiando libros acerca del autoconocimiento, sobre cómo mejorar, sobre cómo tomar el control de mi vida. Y, si bien había entendido que estas cosas en sí mismas podían ser útiles, estaba

comenzando a reemplazar la gracia del Señor Jesucristo y la unción del Espíritu Santo en mi vida por formas humanas de lograr el éxito.

Por un breve período casi perdí mi confianza en Dios. ¿Cuál era la solución? Necesitaba vivir cada día de mi vida en una consagración disciplinada a nuestro Señor Jesucristo.

Retomé una práctica que había abandonado un tiempo atrás, la de no permitir que pasara un solo día sin leer la Palabra de Dios. Aunque esto sucedió casi cuarenta años atrás, nunca más he dudado de Dios, ni de los milagros de la Biblia, ni de su llamado para mi vida.

Mis queridos colegas evangelistas, no podemos abandonar nuestra relación con Dios y esperar mantener nuestra confianza en él. Sólo en la medida en que nos demos cuenta de nuestra necesidad de Dios, y vivamos consagrados a él mediante la lectura diaria de su Palabra en meditación y oración, y dependiendo del Espíritu Santo, podremos vivir vidas victoriosas. Las palabras del apóstol Pablo a Timoteo son absolutamente vitales para nosotros hoy:

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen” (1 Timoteo 4:16)

No hay forma en que podamos vivir una vida santa, manteniendo un ministerio activo, sin depender diariamente del Espíritu Santo de Dios. El Espíritu de Dios nos instruye, nos inspira y nos unge. Escuchemos atentamente las palabras del apóstol:

“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.” (1 Corintios 2:1-5)

A menos que establezcamos una práctica que incluya una disciplina de actividad espiritual diaria, será imposible mantenernos cerca de Dios. Sólo en la medida que leamos la Palabra de Dios cada día, en oración y en meditación, viviremos con la conciencia de la santidad de Dios y de nuestra propia insuficiencia.

Quiero suponer que al menos la mayoría de nosotros ha descubierto algún programa de lectura de la Biblia que nos ayude a mantener una comunión diaria con el Señor. No puedo subrayar demasiado la importancia de esto. Requiere una disciplina férrea y, sin embargo, no me agrada considerarlo como algo coercitivo. Es, por cierto, una disciplina diaria, pero debe traer satisfacción. He leído la Biblia cada día durante muchos años, y encuentro placer, fortaleza y crecimiento espiritual en la lectura de la Palabra de Dios.

4. El evangelista depende del Espíritu Santo en su vida pública

Hace muchos años, un amigo se me acercó y me dijo: “Hermano Pablo, Luis Palau se le está adelantando. Él está predicando ahora en Europa.” Mi respuesta fue: “¿Acaso no sabe que Luis Palau y yo somos del mismo equipo?”

Uno de los peligros en que incurrimos nosotros, los evangelistas, es entrar en un espíritu de competencia. Miramos la actividad de otros evangelistas y tratamos, de cualquier manera, de producir más, promover más y aparecer mejor ante el público que ellos.

Hay una historia interesante en el libro de Números. Tiene que ver con la forma en que enfrentó Moisés lo que hoy se llama “celos profesionales.” Dios había ordenado a Moisés que reuniera con él, en el Tabernáculo de reunión, setenta ancianos reconocidos como líderes del pueblo. Moisés obedeció la orden de Dios, y el Señor tomó del Espíritu que estaba en Moisés y lo puso en los setenta, y ellos comenzaron a profetizar.

Dos hombres, Eldad y Medad, se habían quedado en el campamento. Estaban en la lista de ancianos, pero no habían ido al Tabernáculo sin embargo, el Espíritu también reposó sobre ellos y profetizaron. Un joven corrió a avisar a Moisés y le dijo: “Eldad y Medad profetizan.” Ante esto, Josué se molestó. Así describe Números 11 el incidente:

“Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de los jóvenes, y le dijo: ‘Señor mío, Moisés, no se lo permitas.’ Moisés le respondió: ‘¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuera profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos.’” (Números 11:28, 29)

Es triste reconocerlo, pero el espíritu de Josué, o al menos el espíritu que lo poseyó en ese momento, sigue estando en vigencia hoy. ¿Por qué hay celos entre nosotros hoy? ¿Por qué tendemos a compararnos con otros? ¿Por qué sentimos que debemos competir? ¿Estamos celosos de las capacidades, los talentos y el carisma de otros? ¿No podemos aceptar el hecho que cada persona es única, con capacidades que son únicamente propias? ¿Estamos celosos porque parece que a la otra persona se le están abriendo todas las puertas? ¿No podemos aceptar el hecho de que la otra persona está cumpliendo las responsabilidades que Dios le ha dado específicamente a ella? Escuchen las palabras del apóstol Pablo: *“De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.” (Romanos 12:4, 5)*

No hay dos de nosotros que seamos iguales. Para que las necesidades completas del reino de Dios se cumplan totalmente, es necesario que cada uno de nosotros haga aquello a lo que fue llamado. Si tratamos de copiar a otra persona, nos volveremos inútiles. Ni Dios ni su reino necesitan dos siervos idénticos.

Lo que es más, es importante que entendamos que todos los evangelistas somos una parte integral del **“equipo.”** Dado que todos somos diferentes, y que el llamado de Dios es un llamado muy personal, no existe la competencia.

Si yo fuera el único evangelista en el mundo, y estuviera cumpliendo con mi tarea fielmente, nunca se me ocurriría cuestionar mis dones, o mi aceptación, o mi éxito. ¿Por qué? Porque no tendría a nadie con quien compararme. Aquí está la cuestión. Nosotros, por alguna razón, sentimos que debemos comparar, y que debemos competir. Pero **no hace falta** que compitamos. Dios necesita que seamos la persona que somos. Esa es la mística asombrosa del cuerpo de Cristo.

Usted es único. No hay otra persona en todo el mundo como usted. Cuando Dios lo llamó, él quería y necesitaba la persona que es **usted**. Él necesitaba lo que usted tiene de único para ocupar un lugar en el reino de Dios que sólo usted puede

ocupar. Cuando usted mira a un colega y desea ser como él, o tener sus dones, o tener las oportunidades que él tiene, está sacrificando a la persona que Dios necesita y quiere que sea. Esa persona es usted.

No necesitamos los dones de otra persona. Todo lo que necesitamos es ser nosotros mismos, ungidos con el Espíritu Santo de Dios. Sea usted lo mejor que **usted** puede ser, y luego busque a Dios cada día de su vida, y la plenitud de Espíritu Santo. Eso le dará toda la satisfacción que pueda recibir.

5. El evangelista depende del Espíritu Santo al hablar en público

Ocurrió hace 50 años, en la ciudad de Santa Ana, en El Salvador. Se me había dado la responsabilidad de predicar uno de los principales mensajes en la conferencia anual de nuestra denominación. Era la primera vez que estaba dirigiéndome a este grupo grande de 1000 líderes, y estaba asustado.

Recuerdo el trayecto desde mi casa hasta la iglesia, una distancia de unas 6 a 8 cuadras, y cómo temblaba mientras iba caminando.

Estaba cruzando la calle antes de llegar al tabernáculo, cuando de pronto sentí que el Señor me hablaba al corazón: “Hijo, la razón por la que estás tan nervioso es que tienes miedo de fracasar. Tú sabes que estarás hablando a muchos líderes, muchos de ellos mayores y con más experiencia que tú, y tienes miedo de fracasar. Si no fracasas, si presentas el mensaje con claridad y con unción, serás un éxito. Por otra parte, si avanzas a los tumbos por el mensaje, perdiendo tus ideas y tu compostura, igualmente ganarás. Ese temor al fracaso significa que tu “yo” tiene demasiada vida y necesita ser sometido. No me eres de ayuda si piensas que tu éxito depende de tus capacidades. Así que, si predicas un buen mensaje, serás bendecido. Si no, serás humillado. En ambos casos habrás tenido éxito.”

Esa lección me duró toda la vida. Me llevó a darme cuenta que yo era sólo un canal que llevaba el mensaje de Dios a la congregación. Al mismo tiempo, me hizo darme cuenta que mi temor era provocado por mi orgullo. Temía quedar en ridículo ante mis pares y mis líderes.

Colegas, el mensaje no es nuestro. Sólo somos difusores del mensaje. Mantengámonos animados y entreguemos la Palabra de Dios como mensajeros de Cristo con la autoridad del Espíritu Santo. Recuerden las palabras del apóstol Pablo a los creyentes corintios:

“... [Dios] nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros.” (2 Corintios 5:19, 20)

Una cosa más. A diferencia de un pastor que enfrenta a la misma congregación domingo tras domingo y, por lo tanto, debe preparar un mensaje nuevo para cada reunión, el evangelista está frente a personas diferentes cada vez que conduce una cruzada evangelística. Esto significa que puede verse tentado, de tanto a tanto, a repetir un mensaje. Hay sólo una cantidad limitada de formas de desarrollar el mensaje de salvación. La naturaleza pecaminosa del hombre es la misma en todas las regiones del mundo y en todas las generaciones. Asimismo, no hay ningún sustituto para la historia de la redención. Estos son hechos que no pueden ser alterados. Este es el mensaje que repetiremos vez tras vez, y hacemos bien en repetirlo.

Menciono esto porque sería fácil para un evangelista volverse mecánico, entregando su mensaje de memoria, sin la unción del Espíritu Santo de Dios. Si el Espíritu de Dios no refresca nuestros corazones en la predicación, ésta puede convertirse en una simple actuación. Tal vez tengamos el carisma suficiente como para hacer que las personas pasen al frente pero, a menos que el Espíritu Santo los esté impulsando, su liberación será tan ineficaz como nuestro mensaje. Jesús lo dijo muy claramente: *“Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae.”* (Juan 6:44)

He adoptado una costumbre que me ayuda a mantener vivo el mensaje que Dios ha puesto en mi corazón, aun cuando pueda haberlo repetido muchas veces. Cuando vuelvo a estudiar en oración el mensaje, meditando de nuevo en el material y volviendo a hacer el bosquejo, se vuelve nuevo, como si lo estuviera predicando por primera vez. El mensaje mismo merece este cuidado y, aun más que el mensaje, las personas a las cuales lo estoy entregando merecen este cuidado. Queridos evangelistas, no importa cuántas veces repitamos un mensaje, nunca vayamos al púlpito sin pedir a Dios una unción fresca sobre ese mensaje. Si no nos inspira a nosotros, no inspirará al auditorio.

6. El evangelista depende del Espíritu Santo en su búsqueda espiritual

Ante todo, no olvidemos que el mensaje nunca tendrá mayor unción que el mensajero. Por esto, Jesús exigió una cosa específica a sus discípulos:

“No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:4, 5)

A la pregunta: *“Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”* él contestó:

“No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:6-8)

El bautismo del Espíritu Santo de Dios era lo que Jesús dijo que necesitaban sus discípulos. Y Lucas, en el libro de Hechos, relata el cumplimiento de esa promesa:

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran.” (Hechos 2:1-4)

El Dr. Graham, en su libro, *Un modelo bíblico para evangelistas* (págs. 65-66), escribe:

El Espíritu Santo es el gran Comunicador. Sin su obra sobrenatural, no existiría tal cosa como la conversión. Satanás coloca un velo sobre la verdad que sólo puede ser penetrado con el poder del Espíritu Santo. Es

esta tercera Persona de la Trinidad la que lleva el mensaje y lo comunica con poder a los corazones y a las mentes de los hombres y de las mujeres.

El Dr. R. A. Torrey, en su libro, *Why God Used D. L. Moody* (Por qué usó Dios a D. L. Moody), relata un incidente que tuvo lugar en la vida de Moody. Era el cierre de la Conferencia de Estudiantes de Northfield, en Northfield, Massachusetts, Estados Unidos, en julio de 1894. Habían acudido estudiantes de los colegios del este, y Moody pidió al Dr. Torrey que predicara sobre el bautismo del Espíritu Santo.

El domingo, a las doce del mediodía, cuando el Dr. Torrey finalizó el sermón de la mañana, miró su reloj y dijo a los estudiantes que el Sr. Moody había invitado a todos a subir la montaña a las tres de la tarde. Luego agregó: "Faltan tres horas para las tres. Algunos de ustedes no pueden esperar tres horas. No necesitan esperar. Vayan a sus habitaciones; vayan a cualquier lugar donde puedan estar a solas con Dios para tratar este asunto con él."

A las tres de la tarde, todos los estudiantes, el Dr. Torrey y Moody, un total de cuatrocientas cincuenta y seis personas, comenzaron a trepar la montaña. He tomado el resto de la historia del libro del Dr. Torrey (49):

Después de un rato, el Sr. Moody dijo: "Creo que no hace falta que avancemos más; sentémonos aquí." Nos sentamos sobre unos troncos y en el suelo. El Sr. Moody dijo: "¿Alguno de ustedes tiene algo para decir?" Creo que se levantaron unos setenta y cinco estudiantes, uno tras otro, y dijeron: "Sr. Moody, no pude esperar hasta las tres. He estado a solas con Dios desde la reunión de la mañana, y creo que tengo derecho a decir que he sido bautizado con el Espíritu Santo." Cuando terminaron estos testimonios, Moody dijo: "Jóvenes, no veo ninguna razón para que no nos arrodillemos aquí mismo ahora y pidamos a Dios que el Espíritu Santo caiga sobre nosotros en forma tan definitiva como cayó sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Oremos." Y oramos, sobre esa montaña.

El Dr. Torrey concluye con este llamado:

"Hombres y mujeres, eso es todo lo que necesitamos: el bautismo del Espíritu Santo."

Quisiera decir, como pensamiento final, que aunque todos los que estamos aquí hemos sometido nuestras vidas al señorío de Jesucristo, y aunque todos entendemos que hay una sola Iglesia, la Iglesia acerca de la cual dijo Jesús: "Edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán," y aunque todos nosotros, por la gracia de Cristo, hemos sido hechos partícipes de esa Iglesia, sin embargo, en ciertos temas bíblicos (específicamente, el bautismo del Espíritu Santo), tenemos convicciones diferentes. Esto ocurre especialmente con relación a la forma en que el bautismo del Espíritu Santo se manifiesta en las vidas individuales.

A la luz de esta diversidad, debemos ser muy comprensivos, y no pensar que todos deben experimentar las bendiciones de Dios de la misma forma.

El Dr. Graham, en la página 67 de su libro, *Un modelo bíblico para evangelistas*, escribe:

"... cuando somos llenados con el Espíritu Santo, renunciamos a depender de nosotros mismos y de nuestra propia fuerza, y nos rendimos a su

control. Al entregar nuestras vidas al señorío de Jesucristo cada día, el Espíritu de Dios nos llena y nos capacita para hacer la obra que Dios tiene para nosotros.”

Si bien cada uno de nosotros puede tener convicciones diferentes respecto del bautismo del Espíritu Santo, lo que Dios requiere realmente de nosotros es una entrega plena y continua de nuestras vidas al señorío de Jesucristo. Si esto no ha ocurrido aún, o si no estamos seguros de vivir entregados completamente a nuestro Señor, necesitamos seguir buscándolo con todo nuestro corazón hasta saber que hemos sido bautizados con el Espíritu Santo de Dios.

Una última cosa. No dependamos de las experiencias pasadas para que nos ayuden durante el resto de nuestras vidas. Debemos buscar la plenitud del Espíritu cada día. Como portadores del mensaje más importante que el mundo ha de oír, el mensaje de la redención eterna, tenemos una responsabilidad diferente de la de toda otra persona en el mundo. Seamos fieles, en dependencia de Dios, a esa responsabilidad, buscando, cada uno en su propia forma, y cada día de nuestras vidas, la plenitud del Espíritu Santo de Dios. Además de buscar a Dios para tener un mensaje ungido, busquémoslo para tener una vida ungida.